

XI

En la Noirande volvieron á emprender los esposos su vida habitual. Encerráronse de nuevo en la oscuridad silenciosa del vasto comedor. Pero esta soledad no tenía la calma sonriente de otros días. Actualmente era triste y llena de desesperación. Poco antes pasaban los días junto á la chimenea sin hablar y limitándose á cambiar miradas felices; ahora sus largas entrevistas les causaban irrisistible tedio y vago terror. Nada, al parecer, estaba cambiado en su existencia; la misma calma, la misma vida cronométrica, la misma solitaria somnolencia. Únicamente su corazón estaba cerrado, sus miradas no se encontraban con dulzuras exquisitas de antes, y esto era suficiente para helarlo todo en torno suyo. La vasta sala les parecía funebre y vivían en perpetuo estremecimiento, apesadumbrados por la claridad gris de aquellos días, creyendo habitar el fondo de un sepulcro. Las contadas veces que se levantaban para asomarse á las ventanas, arrojaban una triste mirada sobre los árboles escuetos del parque, volviendo aterridos súbitamente á calentar sus heladas manos á las llamas.

Nunca hacían la menor alusión al drama que les había destrozado su existencia. Las rarísimas palabras que cambiaban carecían de sentido. Aplanábanse en su aburrimiento y no se sentían con fuerzas para hablar de sus dolores en voz alta. La crisis que les había sacudido en la posada

del *Gran Ciervo*, parecía haberles llenado de estupor y de cobardía. Habían salido de ella con el cerebro dolorido, los miembros flojos y se abandonaban á un anonadamiento que agrandaba la tenebrosa tranquilidad que les rodeaba. Cuando un recuerdo más vivo agitaba su espíritu adormecido, se decían que aún tenían ante ellos un mes. Jacobo les dejaba treinta días de paz, podían pues adormecerse hasta su regreso. Y efectivamente se adormecían, deseando olvidarse de todo, pensando apenas de la mañana á la noche en mil puerilidades, en el fuego que no ardía, en el tiempo ó en lo que comerían.

Se hundían en plena vida animal. Magdalena engruesaba, su rostro se redondeaba, adquiriendo blancura deslumbradora. Volviase golosa y gustaba profundamente de todos los goces físicos. Guillermo se abandonaba como ella al embrutecimiento del dolor; pasaba las horas entretenido con las grandes tenazas de la chimenea cambiando de sitio los tizones encendidos y recogiendo la ceniza. El mes de respiro que tenían los esposos ante ellos parecían que no podría acabarse nunca. Hubieran aceptado concluir su vida en aquella imbecilidad absoluta que les dominaba. Los primeros días, sobre todo, disfrutaron de gran tranquilidad. Pero aquella especie de estupor no podía durar, muy pronto fué perturbado por las circunstancias. El más insignificante acto que les recordase su anonadamiento, causábales angustias intolerables. Genoveva no tardó en martirizarles; ella fué la que los arrojó nuevamente al abismo de sus dolores. La vieja fanática, orgullosa de su vida de virtud y de trabajo, se mostró despiadada con la pecadora. La sola idea de los goces carnales la exasperaba, puesto que siempre había vivido entregada á su ruda virginidad. No podía perdonar á la joven su vida de amor, cuyos estremecimientos voluptuosos adivinaba aún bajo la piel satinada y blanca. Genoveva la veía siempre pasar de los brazos de Jacobo á los de Guillermo, y ese doble abandono le parecía una diabólica prostitución, una absurda necesidad de repugnante libertinaje. Nunca había querido á Magdalena, á la que odió entonces con un desprecio no exento de cierto espanto. Aquella soberbia joven, blanca y sonrosada, la asustaba juzgándola un vampiro ávido de la sangre de los hombres; pero si la anonadaba con su odio, temblaba también ante ella y estaba siempre á la defensiva por temor de verla saltar á su cuello. Con el diablo en persona tal vez no hubiese tomado las precauciones que tomó Genoveva contra Magdalena.

La vieja continuó viviendo en la intimidad de los esposos. Comía con ellos y pasaba las veladas á su lado. La

actitud rígida y amenazadora era una protesta eterna, esforzándose en juzgarles culpables y los observaba con mirada de juez implacable, atestiguándoles á cada momento el desprecio y la cólera que le causaba su unión. Sobre todo procuraba hacer comprender á Magdalena el desprecio que le inspiraba.

Quando la joven había tocado un objeto, ella evitaba servirse de él como para demostrarle que lo consideraba manchado con su contacto. Todas las noches salmodiaba los versículos de la Biblia, y en una ocasión que Guillermo le rogó que se fuera á leer á su habitación, le contestó que su lectura santa purificaba el comedor arrojando de él al demonio. Se había empeñado en permanecer en el comedor hasta la hora de acostarse, llenando las sombras con su voz atronadora. Cada día leía en voz más alta buscando los pasajes más violentos; los que castigaban á las mujeres culpables; el incendio de Sodoma, la jauría de rabiosos perros devorando las entrañas de Jezabel y otros semejantes. Echaba entonces sobre Magdalena, penetrantes miradas con las que se observaba una feroz alegría. Muchas veces agregaba por su cuenta, otras reflexiones, y amenazaba con penas horribles á una criminal cuyo nombre no citaba, pero á quien señalaban sus ojos. Después pedía á Dios pronta justicia, suplicándole que no dejara escapar ni un solo culpable y librara á la tierra lo más pronto posible de aquella inmunda escoria. En sus improvisaciones, murmuradas en voz queda, hablaba de crueles suplicios infernales, de calderas repletas de aceite hirviendo y de los clamores de los condenados al colocar sobre las ígneas parrillas sus cuerpos achicharrados, las lluvias de fuego cayendo eternamente, lentas y continuas y cada una de sus gotas marcando con señal indeleble las espaldas de las muchedumbres que aullaban en los abismos.

Magdalena hacía lo posible para no oír, pero las frases quedas y sisibilantes de la vieja llegaban á sus oídos á pesar suyo. Acabó por volverse supersticiosa cuando nunca pudo creer en nada. A ciertas horas se imaginaba que ese infierno, esa cámara de torturas de que la fanática le hablaba constantemente, existía en realidad. Desde entonces vivía sumida en angustioso sudor que inundaba su cuerpo, cada vez que pensaba que la muerte pudiera presentarse inopinadamente. Se creyó culpable y para siempre condenada. Aquella vieja fanática que empleaba sus días en hacerle sentir el horror de su crimen y la crueldad del castigo que el cielo le reservaba, perturbó su razón hasta el punto de ocasionarle ridículos temores de niña. Pensaba en el diablo como había pensado en el ogro cuan-

do era chiquilla. Magdalena se decía: «Soy una infame, Geneveva tiene sobrada razón en abominarme como una gran pecadora que soy; yo mancho esta casa con mi presencia y merezco los tormentos más grandes.» En aquellos momentos oía las lecturas de la protestante con loco terror, le parecía oír los choques de los candentes hierros, los silbidos de las llamas en el murmullo que se arrastraba en torno suyo. Magdalena pensaba que había muerto por la noche y que se despertaría el siguiente día en medio de un horno ardiente.

Sin embargo, no aceptaba siempre sin protesta las pesadillas que le proporcionaba la actitud de Geneveva. En algunas ocasiones poníase furiosa al hallarse de continuo mortificada por aquel odio implacable. Cuando la veía rechazar el pan que acababa de cortar cuando se encontraba con la dura mirada con que la perseguía, concluía por encolerizarse. Entonces dominada por un movimiento de orgullo decía á la protestante que era la dueña de su casa y que no podía consentir aquella amenaza perpetua.

—La echo á usted de esta casa, márchese usted en seguida—ordenaba á la rencorosa vieja.—No quiero tener á mi lado á una loca.

Y como Guillermo, bajase la cabeza sin atreverse á hablar, se volvía hacia él añadiendo violentamente:

—Eres un cobarde; no tienes ni valor para hacer respetar á tu mujer... Arroja de aquí á esta loca si aun me amas.

Geneveva sonreía de un modo extraño, se levantaba y fijando sus redondos ojos en Magdalena, exclamaba con seco acento:

—Guillermo no es cobarde, sabe perfectamente que no insulto á nadie... ¿Por qué se enoja usted si es Dios quien habla por mi boca?

Y Geneveva enseñaba su Biblia ostentando en su faz una alegría diabólica. Después sentíase á su vez poseída de la ira y añadía elevando la voz:

—Siempre ha sucedido lo mismo; la impura ha pretendido levantar la cabeza para morder á la mujer honrada. ¡Hermosa acción sería la de arrojarme usted de esta casa donde trabajo hace treinta años!... ¡Usted que ha introducido en ella el pecado y las lágrimas!... Míreme usted y mírese usted misma. Yo pronto cumpliré cien años; he envejecido en el sacrificio y en la plegaria, no tengo una falta de que reprocharme en toda mi larga vida. ¡Y usted quisiera que yo fuera débil ante usted, que fuese bastante necia para cederla mi sitio!... ¿De dónde viene usted y quién es usted? Joven, muy joven, y tiembla usted ya ante

la muerte... Proviene usted del mal y hacia el castigo se dirige... Puedo juzgarla frente á frente y no debo obedecerla.

Geneveva pronunció estas palabras con indomable orgullo y convicción profunda, porque consideraba á Magdalena como una ladrona que se había introducido por sorpresa en la Noirande y que había buscado para robarles, la honra y la paz. Magdalena se indignaba á cada uno de estos ataques.

—Saldrá usted de aquí por grado ó por fuerza. ¿Soy ó no soy la dueña de esta casa?... Risible sería que me viese obligada á dejar mi casa á una criada.

—No, no saldré—respondía la vieja resueltamente.—Dios me ha colocado aquí para velar por mi hijo Guillermo y castigar á usted por las faltas que ha cometido. Permaneceré aquí hasta el día que le vea libre de los brazos de usted y caiga usted aplastada por la cólera del cielo.

Esta tenacidad quebrantaba la voluntad de Magdalena que desfallecía, no atreviéndose á saltar á la garganta de la centenaria, no sabiendo cómo librarse de su presencia. Caía sobre su silla repitiendo con voz desgarradora:

—¡Cuánto sufro! ¡cuánto sufro! ¿No comprende usted que me está matando lentamente con sus persecuciones? ¿Cree usted que no siento el frío de sus miradas clavadas en mí? ¿Y cree usted que no entiendo que las lecturas sólo á mí van dirigidas?... ¡Y quiere usted que yo me arrepienta!

—El arrepentimiento es inútil. Dios no perdona los crímenes de la carne.

—Entonces, déjeme usted tranquila; no me hable más de su Dios y de su diablo; no me dé cada noche una pesadilla que me tiene angustiada hasta el día siguiente... Puede usted quedarse, me es indiferente; pero no quiero verla más y suplico á usted, se traslade á otra habitación... Ayer todavía me hablaba usted del infierno con su muestra voluptuosidad... He pasado una noche horrible... Magdalena se estremecía y Geneveva la miraba palidecer con singular alegría.

—No soy yo—le contestaba—la causa de sus pesadillas. Usted no puede dormir es el demonio que posee su cuerpo y que la atormenta, en cuanto apaga usted la bujía.

—Está usted loca—gritaba Magdalena más blanca que el ánuelo que tenía en la mano.—Usted quiere asustarme como se asusta á un niño... Pero yo no soy cobarde, y no creo de ninguna manera en estos cuentos de nodriza.

—Sí, sí—repetía la fanática con convicción de alucinada, —está usted poseída... Cuando usted llora yo adivino á

Satán que hincha su cuello... Satán está en sus brazos agitados por furiosos ademanes, en la carne de sus mejillas contraídas por rápidas contracciones... Y mire usted... mire usted su mano izquierda en este momento; vea usted las convulsiones que refuercen los dedos. ¡Satán está ahí! ¡Satán está ahí!

Genoveva lanzaba un grito y retrocedía como ante una bestia inmundada. Magdalena miraba su mano en la que un nervioso estremecimiento agitaba efectivamente los dedos. Se callaba y no podía encontrar ni una frase de protesta ó de cólera. «Genoveva tiene razón, pensaba. No es ella la que me estremece, es mi conciencia, es mi carne culpable. Por la noche cuando tengo pesadillas, son mis recuerdos los que me ahogan.» Y entonces se abandonaba, aceptando la presencia de la anciana criada. Todas sus discusiones terminaban de esta manera. Pero Magdalena salía de ellas cada vez más abatida. En su espanto, confundía á Jacobo que sentía siempre en lo íntimo de su ser, con el demonio que la protestante pretendía ver agitarse bajo su piel. El desprecio con que la anonadaba, el santo horror de que daba muestras al verla, la hundían en amargas reflexiones. «¡Que infame soy, se decía, que hasta esa mujer rehusa tocar los objetos que he usado antes. Se estremece á mi solo aspecto como si viese á un sapo y gustosa me aplastaría bajo sus zapatos. Es preciso, pues, que sea yo una miserable criatura.» Se despreciaba á sí misma y contemplaba con repugnancia su piel blanca, creyendo que humeaba un acre olor. Le parecía que su belleza era una máscara tras la cual se ocultaba un animal monstruoso. Cuando la locura religiosa de la fanática había perturbado su cabeza hasta tal punto, no tenía conciencia clara de su ser, y pasaba horas enteras escuchando sus latidos, creyendo oír á Satán en el fondo de su pecho.

Guillermo hallábase muy preocupado para librarla de las manos de Genoveva. Esta última les dominaba extraordinariamente, por su edad, por su actitud exaltada de profetisa. El joven hubiera querido tener el valor de enviarla á vivir sola en el pabellón que existía en el fondo del parque. Pero no se atrevía á contrariarla; había medido á su padre, le había educado á él mismo, y no podía arrojarla de allí. Cuando Genoveva se peleaba con Magdalena, procuraba empequeñecerse, buscando el modo de no quedar aplastado entre estas dos mujeres enfurecidas. A pesar de su actitud llegaba un momento en que ambas le martirizaban: Magdalena le reprochaba su tolerancia increíble para el osado lenguaje de Genoveva, y ésta le acusaba de condenarse voluntariamente viviendo en el pecado. Herido

por ambas partes, harto débil para adoptar una resolución violenta, les suplicaba se callasen y no destrozasen tan cruelmente su existencia. En cuanto las veía una enfrente de la otra, el temor de oírlas, le causaba vivas inquietudes, y en cuanto cambiaban algunas frases agrias, se levantaba é iba á golpear los cristales de las ventanas con los extremos de sus dedos, ansioso y oyendo formarse la tempestad encima de su cabeza.

Lo que acababa de enloquecer á los esposos, era la idea que tenía Genoveva de trabajar para salvar á Guillermo. Quería arrancarle de los brazos de Magdalena y purificarle para librarle de las penas del infierno. Empleaba la vieja en lograr su objeto toda la tenacidad propia de su naturaleza. En todos los momentos hallaba medio de tratar de su idea fija; el menor incidente aprovechaba á sus propósitos.

—Escucha, hijo mío—le decía entonces,—por las noches deberías ir á rezar á mi cuarto como lo hacías cuando eras niño. Acuérdate, juntabas las manos y repetías una á una las palabras que yo pronunciaba... Esto te salvaría de las asechanzas del demonio.

Guillermo hacíase el sordo, pero entonces la vieja protestante volvía á hablarle con voz colérica y decíale francamente:

—Tú, puedes aún salvarte de las garras de Satán. No estás aún condenado eternamente. ¡Pero ten cuidado! Si permaneces en brazos de la impura, cualquier noche te arrebatará llevándote con ella á los profundos abismos... Una plegaria salvaría tu alma. Cuando estés sobre el pecho de esa mujer, si tú quisieras repetir tres veces una oración que te enseñaré, la verías desaparecer dando un formidable grito y convertida en polvo. Pruébalo, Guillermo, y te vencerás.

Magdalena estaba allí y oía con terror los consejos de la vieja loca.

Genoveva recitaba entonces con voz lenta la oración que debía convertir en polvo á la joven: «Lúbrica hija del infierno, vuelve á las llamas de donde has salido para condenar á los hombres. ¡Que tu piel se pudra, que tus rojos cabellos cubran por entero tu cuerpo y te asemejen á una bestia! ¡Vete en nombre de aquél cuyo pensamiento te quema en el nombre de Dios Padre!»

Esta conminación la había compuesto sin duda la misma fanática, acompañándola de ciertas recomendaciones; era preciso pronunciarla tres veces y cada vez hacer un signo cabalístico sobre el cuerpo de la impura; el primero en el seno izquierdo, el segundo en el derecho y el ter-

cero en el vientre. Después de este postrer signo el cuerpo de nieve de Magdalena debía cambiarse en un montón de barro inmundado.

Ambos esposos oyendo las atroces divagaciones de Genoveva, creían vivir en perpetua pesadilla. Aquella mezcla de religión y de brujería acabó por hacerle perder el sentido real de las cosas. Magdalena sentíase arrastrada por una especie de diabólico torbellino, su recto criterio, bajo los golpes de la anciana criada, vacilaba cada día más. Guillermo, llevaba como ella, una vida horrible de sacudimientos nerviosos, de temores estúpidos. La Noirande se llenaba de los exorcismos de Genoveva. La vieja cantora recorría los largos corredores murmurando sus plegarias y al llegar la noche, muchas veces cantaba los salmos cuyos versículos resonaban lúgubramente en el silencio.

Otro motivo de angustia tenían además, los esposos. Lucía los mortificaba cruelmente con sus gestos de niña juiciosa que la hacían parecer á Jacobo. Se había quedado en la Noirande porque su nodriza había tenido precisión de abandonarla sirviendo en casa de un rico propietario de Veteuil. Guillermo no se atrevía á confesar que aquella niña le asustaba y que hubiese querido mandarla lejos, muy lejos de su vista. Esforzábese en olvidar su presencia durante los largos días que pasaba á su lado, en la vasta sala. Lucía jugaba pocas veces, prefiriendo pasar muchos ratos sentada como una persona mayor que reflexiona. Con ese instinto propio en los niños comprendía que su padre no la amaba, pero no tenía más que tres años y medio, y no le era posible pensar en el por qué de su abandono, aunque encontraba á faltar aquel ambiente de ternura que buscan todos los niños ansiosos de caricias siempre. Magdalena observando que las turbulencias propias de su edad, molestaban á su marido, obligaba á callar á Lucía con severa voz, y este proceder la había hecho tímida. Cuando la reñían, se marchaba quedamente procurando no hacer ruido, y su expansiva alegría desaparecía dejando en su lugar una especie de recogimiento temeroso. La posición favorita era estar acurrucada junto al fuego, cogía sus piececitos con sus manos y se balanceaba lentamente durante horas enteras. Después permanecía completamente inmóvil mirando las llamas. Tal vez soñaba en aquel frío hogar que la atería; su mente apenas formada se perdía sin duda en las grandes penas que le causaban sus desdichas inmerecidas. Otras veces, sin causa aparente salía bruscamente de su meditación, levantaba la cabeza y miraba á la cara de Guillermo. Mordíase los labios, fruncía las cejas, examinando á su padre con fijeza

como leyendo en su rostro el motivo que le obligaba á rechazarla. Guillermo en tales casos creía ver á Jacobo. Abandonaba entonces el rincón de la chimenea y se paseaba febrilmente dando largos pasos.

Y mientras iba y venía, sentía las miradas de su hija clavadas en él. Lucía al salir de sus inmovilidades, tenía el aseo de una anciana, su rostro pálido se arrugaba y ofrecía una extraña seriedad, parecía pensar en cosas incompatibles con su edad. Guillermo se imaginaba que la niña lo comprendía todo, que adivinaba el motivo de su alejamiento. Las actitudes de persona mayor, sus miradas llenas de tristes pensamientos, le causaban una emoción indefinible como si esperase oír la discutir como una mujer formada ya y hablase de su parecido con Jacobo explicándolo y defendiéndose.

Algunas veces no se satisfacía Lucía mirando á su padre. Se levantaba despacito y acercándose le tendía sus brazos, repitiendo su frase favorita: «Cógeme, cógeme» con acento suplicante, impulsada por esa irresistible necesidad de caricias que experimentan los niños. Y como Guillermo no la cogiera, la niña insistía con cierta cólera nerviosa que contraía su rostro. Cuando su padre rehusaba enérgicamente cogerla, iba á echarse llorando en los brazos de Magdalena. Esta sufría las tristezas de su hija, y no osaba cuando la veía pensativa cogerla y abrazarla jugando con ella para abstraerla de su inmovilidad de pequeña mártir; temía irritar á su marido. Pero cada vez que su hija, rechazada por su padre iba á pedirle consuelo, no podía resistir al loco deseo de estrecharla fuertemente contra su pecho, enjugándola sus lágrimas silenciosas con sus besos, hablándola quedamente y tratando de ofrecerle en un segundo toda la ternura de la que se abstenía de continuo.

Un día, la niña, á quien su padre separó con brusco ademán de su lado, corrió á su madre sollozando. Magdalena colocóla sobre sus rodillas.

—Papá me ha pegado—baluceó Lucía.—Es muy malo y no lo quiero ya.

Guillermo se había aproximado arrepentido de su violencia.

—Mira, aquí está tu papá—dijo Magdalena á su hija mientras la mecía para calmarla,—aquí está papá... Si eres buena te acariciará.

Pero Lucía se aferró al cuello de su madre con un movimiento de espanto. Cuando se creyó en seguridad, miró á Guillermo con su aire grave.

—No, no—murmuró,—no le conozco.

Y acompañó esta frase con una mueca de repugnancia que hizo cambiar á los esposos, una singular mirada. Los ojos de Guillermo decían claramente á Magdalena: «Ya ves como rehusa ser mi hija, tiene en sus venas sangre que no es mía.» La presencia de aquel pobre ser era pues para ambos un objeto de continua angustia; parecían que Jacobo vivía con ellos. Se martirizaban ellos mismos dando á puerilidades sin importancia un carácter de grande y terrible sufrimiento. Guillermo sobre todo parecía experimentar un horrible placer en idear monstruosidades. Amaba todavía á su hija con una ternura rara llena de súbitos terrores. Algunas veces, tenía deseos irresistibles de estrecharla contra su pecho, de borrar con sus besos los rasgos de su fisonomía, de creerla suya del todo. La observaba atentamente, buscando en su rostro, un rasgo que fuera suyo para colocar allí sus labios. Después se estrechaba poco á poco al ver á la niña turbada por aquel examen, morderse los labios y fruncir las cejas. Abismábase entonces en sus anteriores ideas; él no era el único padre de aquella niña; él se había entregado por entero y no había podido obtener de Magdalena más que una hija vaciada ya en el molde de otro hombre. La vista de Lucía que le miraba con sus ojos soñadores de persona mayor, la idea de que la casualidad había hecho de él un simple instrumento que ayudó al nacimiento de un hijo de Jacobo, su antiguo cariño por este hombre y el odio celoso de que actualmente se hallaba poseído, todo esto le empujaba á intolerables angustias, á desgarradoras rebeliones de la carne y del espíritu.

—Soy un perpetuo inocente de la vida—pensaba con amargura.—Todo me ha sido robado: mi cuerpo, mi corazón, mi razón. Los hechos y los hombres me han torturado sin cesar. He amado á dos seres, Jacobo y Magdalena, y estos dos seres me abofetean ahora. No me quedaba más que sufrir esta miseria increíble; ser robado en mi hija... Mis besos han resucitado á Jacobo; he puesto á Lucía, he puesto á ese hombre entre Magdalena y yo.

Un suceso vino todavía á duplicar sus penas. Una tarde acurrucada Lucía ante el fuego según su costumbre, se durmió con la cabeza apoyada en las rodillas de su madre. Su sueño era agitado, interrumpido por sordas quejas. Cuando Magdalena la cogió entre sus brazos para llevarla á la cama, apercibióse que tenía la cara encendida. Esto la aterró, pues pensó que la niña se hallaba amenazada de una intensa fiebre y quiso de todas maneras que se pusiese la camita de Lucía en su propia alcoba. Instalóse junto á ella diciendo á Guillermo que se acostase.

Este no durmió en toda la noche. No pudo separar sus ojos de su mujer que velaba con inquieta solicitud. La alcoba, iluminada por la débil claridad de la lamparilla, se le aparecía velada vagamente como entre sueños. No sentía su cuerpo, aplanado, con los ojos desmesuradamente abiertos, le parecía que sufría un fúnebre sueño. Cada vez que Magdalena se inclinaba sobre la camita de su hija, creía ver una sombra que se erguía á la cabecera de su hija muerta. Después, cuando Lucía luchaba con el delirio de la fiebre, se extrañaba de oírle quejarse aun y se imaginaba asistir á una agonía sin fin. Aquel espectáculo y su mujer vestida con un peinador blanco ansiosa y muda, encorvada sobre su hija calenturienta, cuya carita encendida veía, tomaba en el pavoroso silencio de la noche y al resplandor indeciso de la lamparilla, un aspecto de penetrante desolación que le anonadaba y le obligó á permanecer inmóvil y aterrorizado hasta la madrugada.

Cuando llegó el médico cerca de las nueve, encontró á Lucía bastante grave. La enfermedad francamente declarada era la viruela. Desde aquel momento su madre no la abandonó, pasando los días junto á su camita, haciéndose subir la comida que apenas probaba, y por la noche dormitaba una ó dos horas sobre un canapé. Durante una semana, Guillermo vivió sumido en una especie de estupor, iba y venía de la alcoba al comedor deteniéndose en medio de los corredores para reflexionar sin poder hallar una idea en el fondo de su vano cerebro. Las noches sobre todo eran terribles; revolvíase vanamente en el lecho y sólo conseguía amodorrarse al llegar la madrugada con un sueño febril que desvelaba el menor quejido de Lucía. Cada noche al acostarse tenía verla agonizar. El ambiente de la alcoba, impregnado de los olores de las medicinas, le ahogaba; la idea de que una pobre criaturita sufría á su lado, le causaba una continua angustia, excitando su sensibilidad nerviosa. Si hubiese podido leer en el fondo de su turbación, hubiese llorado de vergüenza y de rabia. A su pesar se irritaba contra Magdalena que parecía ignorar que él existía y que absorbía por entero en la enfermedad de aquella hija cuyo semblante les enloquecía. Tal vez su madre la cuidaba así únicamente porque se parecía á Jacobo queriendo conservar sin cesar ante ella el retrato viviente de su primer amante. Si la niña se hubiese parecido á él, á Guillermo, su mujer estaría menos desesperada. No se atrevía á confesar estas atroces suposiciones, pero le torturaban vagamente. Un día, como estuviera solo en el comedor, se preguntó que sensación experimentarían si Magdalena de repente le anunciase la muerte de Lucía. Todo su ser le respondía que tal noticia le

causaría un inmenso consuelo. Entonces desconocióse y creyó descubrir en su fondo moral crueldades de asesino. Hoy se alegraba de la muerte de su hija, mañana tal vez la mataría. Su estupor se condensaba en estas locas crisis.

Genoveva con su actitud de juez implacable redoblaba sus angustias. En los primeros días de la enfermedad de Lucía quiso obstinarse en penetrar en el cuarto donde estaba la niña. Una vez allí predecía su muerte y murmuraba que el cielo la arrebataría á sus padres para castigar sus faltas. No ayudaba una sola vez á Magdalena, para cuidarla, ora dándole una poción, ora arreglando una almohada, que no dijese alguna frase amenazadora. Magdalena exasperada por tales ideas de muerte y de castigo que le prohibían toda esperanza, la expulsó de aquel cuarto y la ordenó que no entrara jamás. Entonces la vieja fué á rondar lúgubrementemente en torno de Guillermo; cuando ella se ponía bajo su amparo en un corredor ó en el comedor, le sujetaba durante una hora con sus divagaciones, demostrándole que la mano divina matando á su hija, era el principio de su castigo próximo. Salía fuertemente emocionado y herido de sus manos.

No atreviéndose á permanecer en el comedor y temiendo encontrar á la fanática si se alejaba, no sabía donde pasar los días. En su delirio Lucía llamaba constantemente «papá, papá» con un acento extraño que le removía las entrañas. ¿Será realmente á mí á quien llama? se preguntaba. Entonces se aproximaba inclinándose sobre la camita de la enferma. Esta con sus ojos agrandados y quemados por la fiebre, le miraba con espantosa fijeza perdiéndose en el vacío sus miradas. De pronto volvía la cabeza, fijaba sus ojos en otro extremo de la alcoba y continuaba su grito de «papá, papá» con voz angustiada. Pero Guillermo se decía: «No me tiende los brazos, no es á mí á quien llama.» Otras veces Lucía sonreía á pesar de su fiebre; su delirio no era agitado, divagaba dulcemente, mezclándolo con quejas sofocadas, sacaba fuera de las sábanas sus delgados bracitos de muñeca, y los agitaba débilmente como para pedir invisibles juguetes. Magdalena lloraba, procurando cubrirla con la ropa, pero la niña se oponía, sentándose en la cama, balbuceando palabras confusas. Guillermo consternado, se levantaba para marcharse.

—Quédate, te lo suplico—le decía Magdalena.—Te llama frecuentemente y es mejor que permanezcas á su lado.

Guillermo se quedaba escuchando nerviosamente el balbuceo dulce y conmovedor de Lucía. Desde el día que se declaró la viruela, se tomaba un extraño interés espionando los progresos del mal en el rostro de su hija. Los granos que la cubrían invadieron por completo su frente y las

mejillas que se pusieron tumefactas. Por un raro capricho los granos respetaron la boca y los ojos. Hubiérase dicho que la niña tenía una careta por cuyos agujeros aparecía una boca delicada y unos ojos expresivos de niño. Guillermo á su pesar, buscaba si los granos hacían desaparecer de aquel rostro su semejanza con Jacobo. Pero siempre por los agujeros de la cara, el pliegue de los labios y el juego de las mejillas, creía hallar la semejanza del primer amante de Magdalena. En la crisis más grave de la dolencia, figuróse con inconsciente gozo que el parecido se perdía. Esto le calmó y le permitió permanecer al lado de Lucía.

Una mañana, el médico declaró que podía responder de la niña. Magdalena le hubiera besado gustosa las manos. Hacía una semana que apenas vivía. La convalecencia fué larga. Guillermo experimentó una sorda inquietud. Estudiaba el rostro de su hija, sintiendo un ligero sobresalto á cada pústula que desaparecía. Poco á poco la boca y los ojos atacados últimamente recobraron su normalidad, y el joven se dijo que iba á ver como resucitaba Jacobo una vez más. Una esperanza le quedaba. Al acompañar un día al médico le preguntó ya en el dintel de la puerta :

—¿Cree usted, doctor, que la niña conservará huellas de la erupción?

Magdalena oyó esta pregunta por más que fué hecha en voz baja. Se levantó palidísima y se aproximó á los dos hombres.

—Tranquilízase usted—contestó el médico,—creo poder asegurar que los granos no dejarán huella.

Guillermo hizo un movimiento tan marcado de pena y de abatimiento, que su mujer le miró de hito en hito con aire de reproche. Su mirada indicaba claramente: «¿Serías capaz de desfigurar á tu hija por ahorrarte un sufrimiento?» Guillermo bajó la cabeza y sufrió uno de aquellos mudos desconsuelos que le abatían cuando se veía sorprendido por sus crueles y egoístas ideas. Cada día sentíase más cobarde ante el dolor.

La camita de la niña continuó más de quince días aun en el cuarto de sus padres. Lucía restablecíase lentamente. Las esperanzas del médico se habían realizado; las pústulas desaparecieron por completo y Guillermo no se atrevía ya á mirar á su hija. Por otra parte Guillermo tuvo un nuevo motivo de angustia. Su inquieto espíritu parecía gozarse cruelmente en mortificarse exagerando los hechos más insignificantes. Habiendo sorprendido un día un gesto de Magdalena que le recordaba un movimiento de Jacobo, cuando hablaba, dedicóse á observar á su mujer, á estudiar todas sus actitudes, cada una de las inflexiones de su voz. No

tardó en convencerse que Magdalena había conservado algo de los modales de su antiguo amante. Aquel descubrimiento fué para Guillermo un golpe terrible.

Sus observaciones eran exactas. Magdalena tenía cada vez más parecidos sus gestos á los de Jacobo. En otro tiempo viviendo con el joven, en contacto único y continuo con él había llegado á adquirir sus gustos, sus ademanes y su manera de ser. Durante un año había recibido de Jacobo una especie de educación física que la moldeó á su semejanza; la joven repetía sus palabras habituales, reproducía á pesar suyo sus gestos íntimos y hasta las entonaciones de su voz. Este parecido que posee toda mujer al cabo de cierto tiempo de vivir con un hombre, se impuso á Magdalena que llegó á modificar ciertos rasgos fisionómicos suyos para tomar los de Jacobo. Era aquello por lo demás, una consecuencia de fatalidades fisiológicas que la unían al joven cirujano. Mientras que Jacobo deshacía su virginidad que la hacía suya para siempre, hacía surgir de la virgen, una mujer, á la que marcaba con su sello. Magdalena en aquella época se desarrolló en plena pubertad; sus miembros, su rostro, hasta su mirada y su sonrisa se transformaron bajo la acción de la nueva sangre que el joven llevaba á sus venas. Forzosamente, pues, Magdalena se parecía á él cada vez más. Más tarde cuando se alejó de ella, olvidó sus gestos; después los besos de Guillermo borraron de su rostro los rasgos de Jacobo, cinco años de paz y de olvido adormecieron en su ser la sangre de ese hombre. Pero desde que lo había visto de nuevo, aquella sangre volvía á circular con fuerza; Magdalena teniendo en su imaginación el recuerdo perenne y el temor de su primer amante, encontraba otra vez aun á pesar suyo, impulsada por su idea fija, sus actitudes, sus acentos, sus facciones de antaño. Se podía decir que todos sus antiguos lazos reaparecieron sobre su piel. Empezó á vivir en la Noirande como había vivido en la calle de Soufflot siendo la querida sumisa de Jacobo.

Guillermo sobresaltábase muchas veces al oírle hablar. Levantaba con espanto la cabeza y la miraba como si viese á su antiguo amigo. Adivinaba en su mujer todos los gestos que le recordaban el rostro del cirujano. Magdalena tenía ciertos gestos del cuello, ciertos movimientos de hombros que reconocía. Algunas frases que su mujer repetía siempre, le ocasionaban dolorosas sacudidas, recordaba haberlas oído en boca de Jacobo. Ahora Magdalena no podía moverse, no podía abrir los labios sin que Guillermo la encontrara llena y vibrante de su primer amor. Comprendía perfectamente hasta que punto aquel amor primero la dominaba. Magdalena hubiese querido negar aquella posesión completa

y absoluta de su ser, pero el menor acto de su persona denunciaba su esclavitud. No pensaba solamente en Jacobo, sino que vivía con él, en estrecho abrazo material, teniendo que confesar á cada instante que Jacobo la poseía siempre y que guardaría eternamente la huella de sus besos. Por nada de este mundo Guillermo hubiera abrazado á su mujer, cuando creía ver en ella á su compañero, á su hermano, concluiría por confundirla con éste y se creería culpable de un deseo monstruoso si la estrechase contra su pecho. Cuando adquirió la certeza de que Magdalena volvía á ser la esposa sumisa de Jacobo, se abismó en el estudio de aquel extraño cambio. A pesar suyo, aunque tal examen le causaba atroz sufrimiento, no dejaba de observar á su mujer asistiendo al despertar de su antigua pasión y anotando cada nueva frase oída que se revelara. Sus observaciones de todos los momentos le volvían loco. No solamente su hija era el retrato de aquel hombre cuyo recuerdo le abrazaba, sino que era preciso también que su mujer le hablase de él con su voz y con sus ademanes.

Magdalena con la transformación de su ser readquiría sus costumbres de soltera. La dulce serenidad que cinco años de cariño y de respeto habían impreso en ella, desaparecía bajo las inquietudes de su vida de otro tiempo. Perdía la calma de su rostro, los pudores, la discreta gracia de su andar, todo aquel conjunto de honestidad que hacía de ella una mujer intachable. Ahora permanecía despeinada mañan enteras como cuando vivía en la calle Soufflot; sus rojos cabellos caían sobre su nuca, sus peinadores se entreabrían mostrando su garganta redonda y blanca henchida de voluptuosidad. Se abandonaba, mezclando en su conversación frases que jamás había pronunciado en la Noirande aventurando gestos aprendidos de sus antiguas amigas, encanallándose á su pesar en sus recuerdos. Guillermo observaba con doloroso terror este envilecimiento de Magdalena y cuando la veía caminar balanceando las caderas, afirmándose sobre sus piernas, desmadejada, no reconocía en ella á la sana y fuerte criatura que había tenido por esposa durante cuatro años. Hallábase á tal altura, casado con una joven llena del lodo de su pasado. Fatalidades de la carne, herían á Magdalena entre sus brazos como para demostrarle que sus besos impotentes no pudieron salvarla de las consecuencias de su vida primera. Habíase Magdalena dormido en un sueño de paz del que le despertó la primera sacudida de su sangre haciéndola caer en el deshonor que antes había aceptado y que ahora tenía que apurar del todo.

Magdalena no se observaba. La conciencia de su abandono se le escapaba. Sufría simplemente la obsesión de Jacobo

que no podía arrojar de su cuerpo. No amaba ya á ese hombre, hubiera querido expulsarlo de su pecho y siempre sentía que la estrechaba y la dominaba. Era una violación continua contra la cual su espíritu se rebelaba sin que los esfuerzos de su voluntad bastasen á libertarla. Esta lucha entablada entre su carne esclavizada y sus deseos de pertenecer por entero á Guillermo, era para Magdalena una causa de eterna fiebre y de continuo terror. Cuando había agotado toda su energía, cuando creía verse libre del recuerdo de su amante y llegaba el momento de entregarse á las caricias de su marido, se hacía más vivo, más tiránico el recuerdo, apoderándose de ella una desesperación sin límites, cesando en su lucha y dejando que el pasado la prostituyese en el presente. La idea de estar sin cesar á la disposición de un hombre por el cual no experimentaba cariño alguno, la convicción de que amaba á Guillermo y que le engañaba siempre á su pesar, le inspiraron una profunda repugnancia de ella misma. No se explicaba las fatalidades fisiológicas que sustraían su cuerpo á la acción de su voluntad; no comprendía aquel secreto trabajo de su sangre y de sus nervios que la habían convertido en la esposa eterna de Jacobo; cuando quería razonar lo extraño de sus sensaciones, concluía por acusarse de placeres monstruosos, viendo su impotencia para olvidar á su amante y amar á su marido. Si detestaba á su amante y adoraba á su marido, ¿por qué entía tan embriagadora alegría con las caricias imaginarias de Jacobo? ¿por qué no se podía entregar á Guillermo libremente? Cuando trataba inútilmente de hallar solución á este problema que encerraba la infelicidad de su existencia, se imaginaba ser víctima de una enfermedad horrible y desconocida; decíase entonces que Genoveva tenía razón, que ella debía tener un infierno en sus entrañas.

Durante el día se hallaba todavía con fuerzas bastantes para defenderse y luchar contra el recuerdo de Jacobo. Procuraba no permanecer aplanada al lado de la chimenea, iba y venía y cuando no tenía nada que hacer inventaba quehaceres y hablaba febrilmente respecto cualquier asunto para aturdirse con el ruido de sus frases. Pero cuando llegaba la noche pertenecía por entero á su amante. Al tiempo mismo que se quedaba dormida, la acometía una especie de fiebre que parecía arrojarla en los brazos de Jacobo; luchaba por no dormirse, hubiese querido abrir los párpados y agitar sus brazos para rechazar á la visión, pero no poseía bastante fuerza, el tibio calor de las sábanas hacía cobarde sus sentidos que la hundían más y más en las caricias que imaginaba recibir. Casi se dormía poco á

poco con un sueño febril, queriendo rebelarse en medio de sus voluptuosidades, haciendo esfuerzos inauditos para rechazar el abrazo de Jacobo y gustando después de una de esas luchas una alegría indecible en caer vencida sobre el pecho de aquel hombre. Desde que no velaba en la cabecera de la cama de Lucía, no pasaba ni una noche que no sufriera tal pesadilla. Al despertarse, un rubor ardiente cubría sus mejillas cuando su marido la miraba y hondos sollozos oprimían su garganta. Juraba entonces no volver á dormirse y permanecer con los ojos abiertos toda la noche para no cometer al lado mismo de Guillermo, aquel adulterio que su sueño la hacía cometer.

Una noche Guillermo la oyó quejarse. Creyó que sufría y se irguió para ver su rostro á la luz de la lamparilla de noche. Los esposos hallábanse entonces solos, pues la cama de Lucía había sido trasladada á un gabinete cercano. Magdalena no se quejaba ya. Su marido inclinado hacia ella observaba su rostro con viva inquietud. Bajo el narcarado cutis de sus hombros, completamente desnudos, se advertían ligeros estremecimientos, y los entreabiertos y rojos labios de la joven dibujaban una sonrisa. Magdalena dormía profundamente. De pronto tuvo una nerviosa sacudida y volvieron sus quejas, quejas dulces y melodiosas entrecortadas por ligeros suspiros y por murmullos de frases apenas perceptibles, entre las que se distinguía con claridad la palabra «Jacobo, Jacobo.»

Guillermo, pálido y helado, se arrojó del lecho; con los pies desnudos y las manos apoyadas en el borde de la cama, se encorvaba para apreciar mejor la agitación de Magdalena, como si asistiese á un espectáculo monstruoso que le hubiese petrificado de horror. Permaneció inmóvil durante dos minutos, escuchando á pesar suyo el sofocado murmullo de las palabras de su mujer, que había tirado á un lado la ropa y repetía con tono acariciador «Jacobo, Jacobo.»

Guillermo irritóse al fin. Por un momento sintió invencible deseo de estrangular á aquella criatura cuyo seno se dilataba voluptuosamente al nombrar á otro hombre. Colocó su mano sobre uno de los desnudos hombros de su mujer, y la sacudió brutalmente.

— ¡Magdalena! ¡Magdalena! — rugió mejor que gritó Guillermo, — ¡despierta!

La joven despertó sobresaltada é inundada de sudor.

— ¿Qué? ¿qué ocurre? — dijo incorporándose mirando á su lado con asustado aspecto.

Se fijó en su desnudez y en que su marido estaba de

pie y desnudo junto al lecho, con la mirada clavada en su pecho que se agitaba todavía; se dió cuenta de todo y rompió á llorar.

No cambiaron una sola palabra. ¿Qué hubieran podido decirse? Guillermo sufría una imperiosa necesidad de maltratar á su mujer como si fuese la última de las miserables, como una prostituta que hubiera ido á manchar su lecho; pero se contuvo porque comprendía que no era posible hacerla responsable de sus sueños. Magdalena por su parte, se hubiese dado el castigo por sus propias manos. Hubiera querido maltratarse por las faltas de que su sueño sólo era culpable y comprendiendo que no había palabras que la justificaran á los ojos de su marido y que nada podría purificarla, se entregó á una verdadera desesperación. Los menores detalles de su pesadilla volvían á su memoria; se acordaba de haber llamado á Jacobo en sueños, y de los suspiros y estremecimientos voluptuosos que la agitaron. ¡Y su marido estaba allí mirándola y escuchándola! ¡Qué vergüenza! ¡Qué infamia!

Guillermo se volvió á acostar al borde del lecho evitando cuanto le era posible el contacto con su mujer. Con las manos cruzadas sobre la cabeza y los ojos clavados en el techo, parecía abismado en un pensamiento implacable. Magdalena había cubierto sus hombros, y anudado sus rojos cabellos por un movimiento instintivo de pudor. Su marido era para ella un extraño y se sentía avergonzada de su desorden y de los estremecimientos que hacían temblar su desnudo cuerpo. El silencio y la inmovilidad de su marido la anonadaban. Concluyó por asustarse de verle tan absorto. Hubiera preferido una discusión á aquella indiferencia silenciosa, que acaso les hubiese arrojado uno en brazos del otro, llorosos y perdonándose. Si no se decían nada, si aceptaban tácitamente la angustia dolorosa de su situación, en adelante todo había concluído entre ellos. Y por eso gemía acurrucada dentro su camisa, sin que Guillermo pareciera apercibirse que ella sufría á su lado.

En aquellos momentos llegó hasta ellos un lúgubre canto que procedía del piso superior; aquel cántico amortiguado por el espesor del techo, parecía la queja de un moribundo. Era Genoveva, que no pudiendo dormir sin duda, se ocupaba de su salvación y de la de sus amos con extrañas y siniestras lamentaciones. Magdalena, aunque con miedo, prestó atención al cántico. Se imaginó que por los corredores de la Noirande desfilaba el fúnebre acompañamiento de un entierro y que los sacerdotes iban en su busca para soterrarla viva. Cuando reconoció la áspera voz de la protestante, tuvo una pesadilla, que estuvo á

punto de trastornar su razón. Se fijó esta vez en Guillermo que seguía inmóvil, silencioso, con los labios apretados y la vista fija en el techo, y tuvo miedo de que los cánticos de la protestante despertaran en él el recuerdo de aquella oración de exorcismo que le había enseñado la vieja, y que volviéndose hacia ella la hiciera un signo cabalístico sobre el pecho izquierdo, otro sobre el derecho y un tercer signo sobre el vientre, repitiendo tres veces: «Impúdica hija del infierno, vuelve á las llamas de donde saliste para condenar á los hombres, que tu piel se vuelva negra, que tus cabellos rojos se extiendan por todo tu cuerpo como está cubierto el de las fieras. Huye en nombre de Aquél cuyo solo recuerdo te abrasa, en nombre de Dios Padre.» ¿Y quién sabe? quizás fuera verdad lo que Genoveva decía y quizás cayera ella convertida en polvo. El terror se fué apoderando de su espíritu y escondiéndose poco á poco bajo las ropas de la cama, se encogió cuanto pudo para ocultar la cabeza. Sus dientes castañeteaban y temía sentir el contacto de los dedos de Guillermo trazando los cabalísticos signos sobre su piel. Creía que si su marido continuaba inmóvil y silencioso, era porque esperaba á que ella estuviese dormida para comprobar si era mujer ó demonio. Este horrible temor la tuvo desvelada todo el resto de la noche.

Al día siguiente los esposos separaron los lechos por acuerdo tácito y desde aquel momento quedaron divorciados de hecho. La escena de la última noche había roto su enlace. Desde la reaparición de Jacobo todo les empujaba á este desenlace. Se habían obstinado en unirse cada día más para borrar el recuerdo de aquel hombre y tuvieron que declararse vencidos ante la imposibilidad de seguir la lucha. Guillermo no tenía valor para continuar viviendo al lado de Magdalena, y ésta no sabía que hacer para evitar las pesadillas causa de su última desgracia. Sólo el divorcio podía devolverles la tranquilidad perdida. Lo más extraño era que seguían amándose, con amor profundo se compadecían y se deseaban. El abismo que la fatalidad había abierto entre ellos, no les separaba más que materialmente; permanecían al borde de la sima en extremos opuestos, y sin dejar de adorarse á pesar de la distancia. Sus cóleras y sus repugnancias instintivas tenían siempre un fondo de ternura. Comprendían que su separación sería eterna, pero si desesperaban de volverse á unir reanudando su tranquila vida de enamorados, sentían aún una especie de amarga alegría en continuar viviendo bajo el mismo techo, y esta alegría no les dejaba buscar remedio á sus pesares con un desenlace violento é inmediato.

Evitaban tratar de lo que harían cuando Jacobo regresase.

Desde que el primer disgusto les había quebrantado, habían dejado para el día siguiente el trabajo de tomar una resolución. Y cada día dejaban para el otro la conversación respecto al particular. La dificultad de escoger un partido conveniente, el dolor que tal discusión debía proporcionarles les asustaba, empujándolos á dilaciones sin término. A medida que las semanas transcurrían, sentíanse más cobardes, más incapaces de tener franqueza y energía. Hacia el fin del primer mes pasaron días crueles creyendo oír á cada instante el sonido de la campanilla agitada por Jacobo. No tenían ni el valor de confiarse sus temores, de calmarse hablando de lo que á ambos aterrorizaba; contentábanse con palidecer, cambiar medrosas miradas á cada golpe de la campanilla. En los últimos días de Febrero, Guillermo recibió una carta de Jacobo. Este le refería la muerte de su compañero en el hospital de Tolón y terminaba la carta explicando cómo había encontrado y seguido hasta Niza á una mujer que le gustaba, impidiéndole ir á París tan pronto como deseara. Permanecería en el medio-día, quince días ó tal vez un mes. Guillermo entregó silenciosamente la carta á Magdalena procurando espiar en su rostro la impresión que le produciría. La joven permaneció impasible, y apenas si sus labios tuvieron una ligera crispación. Los esposos que de este modo escapaban de un peligro inmediato pensaron que aun tenían tiempo de que disponer, y aplazaron de nuevo la angustia que les causaba tomar una determinación.

La estancia en la Noirande, sin embargo, se les hacía insoportable. Todo parecía martirizarles. Una mañana en que el sol iluminaba con sus alegres rayos el parque por donde paseaban los esposos, vieron pegado á la verja que daba á la carretera de Nantes el rostro lívido de Verde-Gris que los miraba con sus mortecinos ojos; la casualidad, sin duda, había empujado hasta Veteuil á la vagabunda. Verde-Gris pareció reconocer á Magdalena, sonrió estúpidamente mostrando sus amarillos dientes y se puso á cantar la primera estrofa de una canción que Magdalena y Luisa habían entonado juntas en otro tiempo en el bosque de Verrières al regresar de sus alegres excursiones. Con voz ronca canturreaba:

Il était un riche pacha
que l' on appelait Mustapha
pour sen sérail il acheta
mademoiselle Catinka.

Et tra la la, tra la la,
tra la la la, la la, la la.

El estribillo tomaba en sus labios una ingenuidad irónica. Los «tra la la» que la loca repetía con entusiasmo creciente, se perdían en una risa nerviosa. Magdalena y Guillermo se apresuraron á entrar como perseguidos por aquel innoble canto. Pero desde aquel día Magdalena no pudo salir de la casa sin encontrarse á Verde-Gris asida á los barrotes de la verja. La desdichada rondaba constantemente por la Noirande; había reconocido á su antigua amiga y con testarudez de idiota volvía á verla. Muchas veces, subíase al muro que rodeaba al castillo, como hacen los chiquillos andaba por encima, con los brazos levantados sosteniendo el equilibrio y deteniéndose de pronto para echar una mirada al parque curiosa y pensativa. Otras se la oía cantar en la carretera la historia de *mademoiselle Catinka*, repetir la copla más de diez veces con la obstinación de una memoria medio perdida que quiere recordar algo repitiendo sin cesar las frases que recuerda. Cada vez que Magdalena veía á Verde-Gris desde las ventanas de la planta baja, sentía invencible repugnancia; le parecía que era la personificación de su vida pasada que la rondaba incesantemente. Aquella mujer cubierta de harapos que se agitaba detrás de la verja acercando su cara á los barrotes, le hacía el efecto de un animal inmundo que se esforzaba por romper la jaula para acercarse á ella y ensuciarla con su infecta baba. Hubo un momento en que pensó pedir que se detuviera á la loca, y no lo hizo por temor á un escándalo.

Prefirió no salir del jardín ni asomarse á las ventanas.

Al verse los esposos acorralados de aquel modo en la Noirande, pensaron en huir á París.

Allí no oírían las canciones de Luisa ni los cánticos de Genoveva, y al mismo tiempo Guillermo se veía libre de las severas miradas de su hija. Los dos meses que acababan de pasar, le habían hecho intolerable aquella soledad. Ya que Jacobo les dejaba todavía tres ó cuatro semanas de tranquilidad, querían emplearlas en aturdirse, buscando alguna apariencia de felicidad. Cuando Lucía, estuvo restablecida, á mediados de Marzo, los esposos salieron para París.